

López Velarde

Por Rafael López

Ramón López Velarde: está franca la puerta
para tu audacia lírica. Entra y siéntate. Un
bello sitial de púrpura deseara. En liza abierta
has burlado al solemne dios, el lugar común.

La Academia está insomne, pues cual un maleficio
la enloquece, a sus años, tu embrujado café.
Tu adjetivo tendría, si hubiera Santo Oficio,
coroza y vela verde en un auto de fe.

Imagino tu sensualidad de católico
en las misas del Arte. Sutilmente diabólico
distraes a los fieles con tu ambigua actitud.

Diácono que con manos perfumadas de sándalo
en tu cáliz elevas hostias rojas, escándalo
de Sancho, que comulga lívido de inquietud.

Colofón

Queda aquí, para siempre detenida
por un polvo de sombra, la preclara
mano que estos minutos señalara
en el reloj del tiempo de la vida.

Minutos donde el ruseñor de Alfeo
de la flor del silencio viola el broche,
mientras el vuelo aloja un centelleo
en las pupilas ciegas de la noche.

Hay el minuto azul de la belleza,
el que viste el sayal de la tristeza,
el minuto carnal surto en la mano
solemne del amor trágico y fuerte.
Y yo agrego el minuto del espanto,
que fue un siglo en la alcoba de la muerte. ♦



Flor Silvestre

EN LA TUMBA DE
RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Juan E. Coto

La Esfinge ha pronunciado una palabra extraña.
Han temblado las rosas. . . Isis rasgó su velo. . .
Y yo que he comprendido la paz de la Montaña,
Lloré, cuando la alondra tendió al Amor su vuelo.

Azul es la mañana de la Muerte en victoria
y es símbolo la frágil carrera de la brisa. . .
De un gran vigor tronchado surge un afán de gloria,
porque la Vida tiene, allá. . . a lo lejos: ¡Risa! ♦

México, 22 de junio de 1921.

Poema en dos imágenes

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Carlos Pellicer

No es para contarse,
pero el poeta, que murió joven y soltero,
vestía siempre de negro
cual si llevara luto por sí mismo.
Esta es una opinión de tranvía
por eso hasta hoy la pongo por escrito.
Dicen que era fuerte y hermoso.
La muerte taladró su juventud
pero lo que se llevó fue muy poco.
Él quedó acá en el uso de la palabra
y con el corazón en la mano.

Un corazón de amatista
húmedo de diamantes y rubíes.
Como los mayas, no conoció el oro
y esperó siempre en jades, inútilmente,
la llegada de la alegría.
Fue un joven al servicio de una ventana
en un atardecer
que nunca pasó a más.
Dicen que era moreno y en sus labios indígenas
el pueblo sonreía con tristeza.
Lo que movió en su sangre
fue más humano que divino.
Pero un ángel le cuidaba las manos
para que no arrancara más rosas que las que le cabían.

Este habitante de jardines descuidados
y de casas sin dueño,
vio que las nubes entraban a sus ojos
y se quejó públicamente en la intimidad más desierta.